

ANTONIO SARDINHA

LA ALIANZA
PENINSULAR

TRADUCCION Y PROLOGO DEL
MARQUES DE QUINTANAR,
CONDE DE SANTIBAÑEZ DEL RIO

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION DE
RAMIRO DE MAEZTU

UNIDAD Y DUALISMO PENINSULAR

ESTUDIO DE
JOSE PEQUITO REBELLO
CAPITAN HONORARIO DE AVIACION ESPAÑOLA



SEGOVIA
IMP. DE «EL ADELANTADO»
1939

ES PROPIEDAD DE LA UNI-
VERSIDAD POPULAR SEGO-
VIANA (ACCION ESPA-
ÑOLA). DERECHOS RE-
SERVADOS PARA TODOS LOS
PAISES

*A la memoria de aquellos soldados es-
pañoles que, regando con su sangre anó-
nima las peñas de Marruecos, supieron
dar vida, en un siglo sin esperanza, a
toda la grandeza histórica de la Pe-
nínsula.*

ANTONIO SARDINHA

«Nuestra familiar convivencia con España sólo puede parecer peligrosa a aquellos en cuya alma tibia se debilitó el altivo e intransigente sentimiento de la Patria.»

(Exortação a Mocidade)
CARLOS MALHEIRC DIAS

PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION
ESPAÑOLA

POR EL MARQUES DE QUINTANAR

He viajado por Portugal con Manuel Bueno, con Ramiro de Maeztu y con José M.^a Pemán. Tres amigos entrañables. Tres reacciones diversas frente al hecho histórico, frente al paisaje y frente a la mentalidad portuguesas. También, tres fechas solemnes para España: 1930, días antes—casi horas—de la caída del general Marqués de Estella; 1935, un paréntesis en la intensa labor de Acción Española, precursora del Alzamiento nacional; 1937, la guerra de España victoriosa en el Norte... Y si no olvido la alegría infantil de Manuel Bueno y el chorro fresco, cristalino e inagotable de su ingenio, acallados en medio del Tajo al contemplar el caserío de Lisboa incendiado por un sol matinal, para decirme, al fin: "Esto es más bello que el Cuerno de Oro", tampoco puedo olvidar la armoniosa silueta de Pemán, inundando de emoción lírica la sala colmada de un teatro de la capital portuguesa, que le interrumpía con clamorosas y frecuentes ovaciones... Pero mi memoria conserva un recuerdo más hondo todavía de mi paso

por el país hermano, en compañía de Maeztu, del maestro inolvidable de nuestra Contrarrevolución. Habíamos, en una tarde luminosa de altas nubes barrocas, escalado la cima de la Peña de Guimarães, en compañía de una treintena de intelectuales europeos, entre los cuales se encontraban don Miguel de Unamuno, el insensato de Mauriac y algunos doctrinarios monárquicos como el poeta brasileño Ribeiro Couto, Maeterlinck y Pierre Daye... Acodados en el amplio miradero, lleno con el rumor de las conversaciones, contemplábamos el maravilloso horizonte de montañas en cuyo seno, el caserío y el castillo del primer Monarca portugués, eran, por prodigio de la fina luz atlántica, de una escenografía minuciosa y magnífica. Casi al alcance de nuestras manos, ladera abajo, había una enorme masa granítica, dorada por líquenes sin edad y como Guimarães, en uno de los cambiantes luminosos del declinar del día, pareciera aproximársenos de un modo inverosímil, hice el comentario de que tal vez fuese posible hacer rodar la piedra y destruir de un sólo golpe la fortaleza y la ciudad. Pero mis inocentes palabras, aún pronunciadas en voz baja, llegaron a oídos de una de las muchachas indígenas que nos habían acompañado en la excursión, la que volviendo a mí sus ojos inteligentes y como suplicantes, me dijo: "Oh, no. ¡Es la cuna de Portugal!"

Gracias y firmes y oportunas palabras. ¿Tendré que afirmar mi apresuramiento en excusarme ante la bella nacionalista y en asegurarla que para un español no podía haber piedras más sagradas que aquellas que teníamos a nuestros pies y entre las que vino al mundo el vencedor de Ourique?

Esta fué la frase que escuché junto a Ramiro de Maeztu, entre las montañas que vieron salir el Sol de la independencia portuguesa; y esta es la lección de la Peña de Guimarães: la del tradicionalismo lusitano, que el constitucionalismo de 1830—liquidador de la verdadera Monarquía—, sumió en la obscuridad de un siglo, de la que le libró, tornándola a esta fina luz portuguesa, la mente clarísima y el corazón ardiente de Antonio Sardinha. Fué el lamentable régimen de los partidos, salido de la Revolución liberal, el que puso en trance de muerte a este magnífico pueblo, desacreditando la idea monárquica, idea nacida en Guimarães y que había—¡ella sola!—, construido a Portugal, a fuerza de oraciones, de batallas, de descubrimientos y de poemas... Fué ese magnífico equilibrio de la Edad Media, con sus Reyes de derecho divino, pero limitados en su actividad y en su poder, no solamente por los privilegios del Clero y de la Nobleza, sino por la pujanza de los Municipios y de otras instituciones populares, y con sus Cortes representativas de todas las clases sociales, el que quedó roto al soplo de los principios del 89, de aquellos "Inmortales Principios" que, por falta de espiritualidad, afortunadamente, están ya muertos y putrefactos, porque, como decía Garret, "para entender la libertad es preciso creer en Dios, y para comprender la igualdad, hay que llevar el Evangelio en el corazón".

Pero que Portugal no era terreno abonado para que la experiencia revolucionaria fructificase en cosecha permanente, lo dicen bien claro la abundancia y personalidad de sus maestros de la Contrarrevolución; lo demuestra, más que nada, el que a poco de

proclamarse la República en 1910 saliese de las aulas de Coimbra la Escuela Integralista, al conjuro de la voz de Sardinha, quien ha ganado y ha de ganar aún grandes y decisivos combates después de muerto. ¡Y cómo conservan el recuerdo del paladín los intelectuales portugueses! Maeztu pudo apreciar conmigo, en aquel intenso viaje, cómo a nuestro paso por campos y ciudades, desde el ilustre Presidente Oliveira Salazar, hasta aquel modesto y entusiasta periodista paisano de Alfonso Henriques, todos los portugueses significados evocaban, en el Portugal en plena fiebre de trabajo y en plena reconquista de su olvidada dignidad histórica, el nombre del preclaro historiador de Elvas.

Guimarães, es efectivamente, la cuna de Portugal, una cuna en que todos los portugueses tienen puesta su alma, y que todos arrullan con su canción saudosa. Esto es tan cierto, que hasta esos hombres selectos que un viento de error llevó a las filas del liberalismo, llamadas entonces "avanzadas", esos hombres que se llamaron Alejandro Herculano y Almeida Garrett, Luz Soriano y Oliveira Martins, Antero de Quental y Fialho de Almeida, Ramalho Ortigão y Eça de Queiroz, o abandonaron en vida su torcido camino o murieron abrazados a la verdadera fe de la tradición de su Patria. De este último, prematura e injustamente tachado de desarraigado del solar nacional, han salido las críticas más aceradas contra el Constitucionalismo que llevaba al derrumbadero a la sociedad portuguesa. La "Carta" había disminuído a la realeza, rebajándola en sus funciones, en su autoridad y en su prestigio. Todo lo malo que sucedía en el Reino era achacado al Rey, a

quien, sin embargo, la Constitución declaraba irresponsable. "El—escribe el inolvidable autor de "La ilustre casa de Ramires"—era la eterna disculpa de los ministros que no gobernaban, de los oradores que no hablaban, de los periodistas que no escribían, de los intrigantes que no triunfaban"... Y como, afortunadamente, en el siglo XII no había Carta Constitucional, Alfonso Henriques inventó su Reino y lo cimentó en Ourique, sobre la Media Luna desclavada del cielo de un lanzazo de su mano poderosa. Ochocientos años después, todavía las mujeres portuguesas, las tímidas provincianas, saben interrumpir una conversación de extranjeros para exclamar entre risueñas y firmes: "¡Oh, no! ¡Es la cuna de Portugal!".

Portugal nació, realmente, en Guimarães, al nacer el egregio nieto de nuestro Alfonso VI. Y después, fué creciendo hacia el Sur, al mismo tiempo que crecían en igual dirección los otros Reinos de las Españas, sus iguales. Cuando llegó a la costa meridional, frente al Africa misteriosa, comenzó a navegar y a extenderse por el mundo. Por eso su actual Servicio de Propaganda Nacional ha adoptado este certero slogan: "Portugal no es un país pequeño". Y lo imprime en unos carteles, en que sobre el mapa de una Europa lívida, se pintan en rojo todas las colonias que aún posee esta metrópoli acostada en su playa atlántica y con los párpados medio entornados bajo el peso de tanto sol y de tanta historia. En ellos se ve cómo Mozambique y, sobre todo, la inmensa Angola, ocupan medio continente nuestro. El Imperio portugués es más extenso que España, Francia, Alemania, Inglaterra e Italia unidas. Pero no está en ello

la fuerza portuguesa. La fuerza portuguesa está en su pasado ungido por el espíritu, y quien quiera enfrentarse con ella, comulgar en ella, que vaya al roquedo de Sagres, donde el Infante don Enrique imaginaba tierras nuevas para que sus carabelas las descubriesen, y no con un fin comercial, sino con el mismo fin misionero con que Castilla anduvo las rutas innumerables de la mar.

No hay más que contemplar el retrato del Infante en el lienzo maravilloso de Nuno Gonçalves, para comprender que con aquella pelerina violeta y aquel gran sombrero negro, y más que con su sencillo y ascético indumento, con aquel rostro anguloso en el que se abren los ojos como fanales en la penumbra de una capilla, no es posible atender con mayor afán a lo temporal que a lo eterno.

Pintaba Nuno Gonçalves mediado ya el siglo xv, por aquella época en que el Rey Alfonso V había aumentado su modesta pensión en 3.432 "reales blancos" al año y en una pieza de tela para un traje. Y un siglo después, don Sebastião, concedería a Luis de Camões otra pensión de quince mil "reis" al año. Como se observa, estos Reyes que sabían combatir y morir por Portugal, estos Príncipes que podían destinar una existencia entera al servicio de Dios y de la Patria, y estos grandes artistas que se estaban abriendo las puertas en la inmortalidad, podían situarse al margen de todo lo que no fuesen las exigencias devoradoras de su vida espiritual. El autor de "Os Lusíadas" moriría, como había vivido, en la pobreza, legando a los portugueses un testamento épico que ahora les ha ayudado a vencer a la Revolución y a recobrar la conciencia de su grande-

za histórica; el Rey don Sebastião, acabaría en plena juventud, en las arenas de Alcazarquivir, con la flor de sus caballeros, y su sangre torna a florecer en esperanzas imperiales... "Portugal, não é un país pequeno". No. Con la voluntad ascética que Nuno Gonçalves supo imponer en el rostro de don Henrique y con la ilusionada y generosa ambición con que Cristovão de Moraes iluminó la juvenil gravedad de don Sebastião, los poetas portugueses de todas las épocas, han sabido mantener vivo el fuego sagrado del alma nacional.

Si Portugal acertó a expulsar los gérmenes dañinos que le mataban, ha sido por su vocación de Monarquía, hecha de destellos de espadas y de armonía de versos. Todo este resurgir de hoy, todo este florecer de gracia y de energía, toda esta rebusca en su pasado glorioso, para enfrentarse con un porvenir que no puede serle infiel, no hubiese sido posible si, por ejemplo, en nuestros días no hubiese existido un Antonio Sardinha para fundar sobre su incommovible doctrina monárquica, toda una teoría nacional de armonía y de fuerza. El es el último gran eslabón de la fluída cadena de la Inteligencia portuguesa. El, arma la cabeza del Soldado, que aparece en escena en el momento preciso, y el Soldado encuentra al Estadista. El Estadista, después, nivela el presupuesto, construye carreteras, y puertos, fórmula una nueva organización política, económica y social y aún le sobra tiempo— sigo recordando mi viaje con Maeztu—, para invitar a escritores de toda Europa y hacerles asistir maravillados al desfile de cien caballeros—el ala de los enamorados, de Aljubarrota—, con el Santo Condestable a la cabeza, mientras

en el suelo en sombra, aparece el milagro de una Cruz luminosa...

Las razones de la alianza peninsular, los motivos todos que pueden surgir de este gran tema central, están agotados en la presente obra capital de Antonio Sardinha. Para su cultura de historiador, para su inspiración de poeta, para su fragante patriotismo y su tierno amor a España, no puede haber secreto sin descubrir, ni hecho cuyas consecuencias deje sin explorar con la máxima eficacia. Así, la Historia, la Gran Historia de nuestra Península, que es como decir el índice de la Cultura de Occidente, recibe la consagración cordial e intelectual del primer portugués de la época moderna. Del dualismo hispano, nace una fórmula trascendente de unidad, que al proyectarse fuera de sus fronteras geográficas, hace posible, a su vez—como dijo Ramiro de Maeztu—, la unidad física y moral del género humano. Y este gran suceso, en que el Supremo Hacedor nos reserva a portugueses y españoles el papel, más que de protagonistas de actores únicos, no se podría empequeñecer con consideraciones de cualquier género que fuesen. Portugal, por designios divinos, se desprendió del gran tronco castellano-leonés. Después viene la floreciente época del paralelismo del Quinientos, jalonada por Aljubarrota y por Toro, el dualismo asentado—en frase de Oliveira Martins—, sobre la idea de cooperación de las Casas de Avis y de Trastámara. Más tarde, el interregno jurídico de la Casa de Austria, la doble Monarquía, que Felipe II inició tan respetuosamente y que el Conde-Duque de Oli-

vares malbarató, confiando a la fuerza sus errores y dando paso en 1640 a otra forma de dualismo peninsular, aunque esta vez de oposición, ya que por el hecho de su separación política, las dos naciones ingresaron en la política cambiante del equilibrio europeo nacido ocho años más tarde con la Paz de Westfalia. Y nada más. Nada más, sino señalar, con Sardinha, que el primer dualismo, el de cooperación, coincide con el apogeo de la Península, como el segundo, el de oposición, con su decadencia y también el hecho de que nuestros respectivos Monarcas, no abandonan, pese a la política continental que les enfrenta, a partir de 1640, la idea de las alianzas matrimoniales, y que luchamos a un tiempo contra el Imperio revolucionario de Napoleón, que las ideas liberales hicieron idénticos estragos a un lado y a otro de la frontera, que nuestras guerras civiles fueron semejantes y más que conflictos dinásticos lo fueron de doctrina, y que, por último, con diferencia de años, que no afecta a la impresionante simetría de nuestros destinos y aun de nuestros hombres—Sidonio Pais, Primo de Rivera ; Paiva Couceiro, Sanjurjo; Gomes da Costa, Franco; Oliveira Salazar, Calvo Sotelo...—, sufrimos nuestras repúblicas y nos alzamos con nuestras contrarrevoluciones.

Pero, no nos alejemos demasiado y tornemos al hecho histórico inicial, al de la emancipación del Condado Portucalense. Un episodio sin importancia, en aquellas épocas en que el instinto federador de tierras no era general, ni lograba transmitirse de padres a hijos, pese al ejemplo próximo de desavenencias y de catástrofes que los testamentos centrifugos provocaban. ¡Así Sancho el Mayor y su hijo Fernan-

do el Magno y el Emperador Alfonso el Séptimo! León, Castilla, Navarra y Aragón, se unían y desunían como por azares del viento o de la luna. Y unas veces el puñal de un asesino agotando la sucesión masculina de Fernán González, y otras, el rayo de la guerra aniquilando en Uclés al heredero de Alfonso VI, así fué dando tumbos la inspiración nacional hasta encontrar la fórmula del dualismo peninsular a que había de aferrarse, bajo el signo de una dinastía extraña.

Dos mujeres, Urraca y Teresa, vincularon en 1108 el porvenir de las Españas, como casi un siglo antes, consumado el crimen de los Vela, cupo igual destino a las de Sancho el Mayor y de Bermudo III. Nos volvía a faltar—como en ocasiones memorables nos iría a faltar también—el Príncipe Salvador, faro y timonel a la vez, estrella y estela de la nave de España. Y en la vida aventurera de Alfonso VI, dos Condes llegados de Borgoña vinieron a instalarse por dictados del amor. El paralelismo estaba iniciado. Mérito y grande fué el de Alfonso Henriques, poder desasirse de los poderosos brazos de su primo el Emperador. Había entonces un gran frente cristiano contra la morisma, del Atlántico al Mediterráneo. No muy disciplinado, pero bien defendido en los contrafuertes del Duero, del Ebro y del Llobregat. La llegada, a la escena política, de Alfonso VII, produjo un estado de sumisión y de acatamiento hacia él, de todos los Príncipes, Condes y Señores que integraban ese frente y aún de algunos de la vertiente francesa del Pirineo, hasta el Ródano. Con una excepción, la del Conde de Portucale, quien perseguía—heredado de su madre—un claro designio político:

el de la independencia nacional. Dice, a este respecto, un historiador español: "El Emperador había dejado algún tiempo tranquilo a Alfonso Henriques, no creyendo, sin duda, que tan débil llama pudiera nunca producir tan grave incendio como levantó después..." La débil llama, en efecto, se fué incrementando con el aliento poderoso del joven campeón. En 1117 se llama, por primera vez, Reino al Condado. En 1125, Alfonso Henriques, se arma a sí propio caballero, en la Catedral de Zamora. Le falta ganar tres batallas y las gana: 1128, en San Mamede vence a los partidarios de su madre; 1139, en Ourique, a los moros, llamándose en ese momento Rey de Portugal; 1140, en Val de Vez, a su primo el Emperador, quien en la Paz de Zamora, le reconoce como Monarca independiente de su Corona.

La primera Dinastía portuguesa (1), inicia así su deber de redondear el territorio patrio y de rescatarlo de manos del Infiel. Es a la segunda, la de Avis, a la que ha de caber la misión providencial de llevar la fe de Cristo a Ultramar. Labor ya de Monarquía nacionalizada, en la que ha de cooperar, para bien de la humanidad entera, la Monarquía de Castilla, nacionalizada también en la Casa de Trastámara. Los Príncipes de Avis y los de Trastámara, a quien más tarde han de incorporarse los Habsburgo, en su sed de peninsularismo y de exaltación universalista, se entrelazan amorosa y complicadamente. Este era el escollo recíproco, al que no pudieron hurtarse cuando, al día siguiente de Alcazarquivir, la única solución posible fué la de sentar al hijo de Carlos V

(1) Véase el Arbol Genealógico I, al final de este prólogo.

en el Trono, aun caliente, de don Sebastián (2). El encanto se rompe por los conspiradores de 1640, que restablecen, sin embargo, una legalidad indiscutible, al restaurar la Monarquía en la persona de don Juan IV, Duque de Braganza, casado con una Medinasiona. y nieto del maestro de Avis y del santo Condestable.

Pero esa política de las alianzas reales, sirviendo por encima de los antagonismos dinásticos la causa suprema de la objetividad peninsular, fué una política humanísima que luego había de copiarnos Europa, como único procedimiento de limar asperezas y de suavizar rivalidades nacionales. "Era la flor de su país de origen—escribió Charles Maurras el año 15, en L'Action Française—, la que las Reinas llevaban al de sus esposos: las costumbres, las lenguas, las artes, las ciencias, las letras, la poesía... y de ello resultaba como un aspecto nuevo, moral, espiritual, de lo que la diplomacia llamaba el equilibrio de nuestra Europa, en los tiempos en que aún existía una Europa". Es decir, antes—comentamos nosotros—de desgarrarse en Munster la superior unidad civilizadora del Cristianismo, señalando a los hombres, con el triunfo luterano de los particularismos, las rutas erróneas del sentimiento y de la subjetividad. Época precursora de grandes hazañas, en que la palanca de lo espiritual movía las voluntades, aquella época en que el pensamiento político de un Fernando I de Portugal y de un Juan I de Castilla, echaba en el Tratado de Salvatierra, las bases del paralelismo peninsular del siglo XV...

(2). Véase el Arbol Genealógico III.

Algunos años más tarde, realizada su unidad nacional, los españoles se sintieron capaces hasta de lo imposible. "La fortuna parecía haberse puesto, resueltamente, de su lado—escribe el maestro Menéndez y Pelayo—, y como que se complaciese en abrumar su historia de sucesos felices y aun de portentos y maravillas. Las generaciones nuevas crecían oyéndolas, y se disponían a cosas cada vez mayores. Un siglo entero y dos mundos, apenas fueron hecho bastante amplio para aquella desbordada corriente. ¿Qué empresa humana o sobrehumana había de arredrar a los hijos y nietos de los que en el breve espacio de cuarenta años habían visto la unión de Aragón y Castilla, la victoria sobre Portugal, la epopeya de Granada y la total extirpación de la morisma, el recobro del Rosellón, la incorporación de Navarra, la reconquista de Nápoles, el abatimiento del poder francés en Italia y en el Pirineo, la hegemonía española triunfante en Europa, iniciada en Orán la conquista de Africa y surgiendo del mar de Occidente islas incógnitas, que eran leve promesa de inmensos continentes nunca soñados, como si faltase tierra para la dilatación del genio de nuestra raza y para que en todos los confines del orbe resonasen las palabras de nuestra lengua?"

Esa victoria sobre Portugal, a que alude Menéndez y Pelayo, no es otra que la respuesta dada por Isabel la Católica, en Toro, a la derrota de nuestro don Juan I, en Aljubarrota, batallas que consagraron, por decirlo así, la separación política de Castilla y Portugal, y pusieron en evidencia, una vez más, el paralelismo de nuestros destinos y la simetría de nuestras respectivas historias. Se da el caso, afor-

tunadamente, con estos dos importantísimos hechos de armas (1). de que Isabel la Católica, vencedora en Toro, es biznieta del maestro de Avis, vencedor en Aljubarrota y que igual parentesco liga entre sí a los vencidos, don Alfonso V, el Africano y don Juan I de Castilla. Para Antonio Sardinha, Aljubarrota fué "el fundamento incommovible de la unidad superior de la Península"—unidad cultural y moral—, y Toro el arranque de una nueva experiencia que, al consolidar la unión de Castilla y Aragón con la derrota de los aliados de la Beltraneja, comenzaba una serie de tentativas pacíficas para construir esa superior unidad peninsular. "La base—escribe el inolvidable autor de "La Alianza Peninsular"—, es la boda del Príncipe don Alfonso, hijo de don João II, con la heredera de Fernando e Isabel, casamiento bien de prisa deshecho por la muerte del primero. De modo que al terminar el siglo xv, si Felipe II sube al Trono de Alfonso Henriques (2), lo hace como sucesor del Maestre de Avis, invocando títulos jurídicos en que la fuerza de las armas no interviene sino como un argumento que, aunque decisivo, sólo se deberá emplear como último recurso".

Y siendo muy dilatada la lista femenina de las reales obreras de esta unidad supernacional, no podemos dejar de consignar aquí los nombres de los dos mayores campeones de esta idea: la Reina Católica y don Manuel I el Afortunado que casó, sucesivamente, con la viuda de su mencionado sobrino don Alfonso—con quien tuvo a don Miguel, muerto en

(1) Véase el Arbol Genealógico II.

(2) Véase el Arbol Genealógico III.

1500, ya reconocido como heredero de la Corona por las Cortes de Aragón—, con su cuñada la Infanta doña María, y, por último, con doña Leonor, hermana del César Carlos V, que también fué su yerno. El juego era atrayentemente peligroso, y como dice Sardinha, había de conducir, bien "a un Monarca portugués ciñéndole la Corona de San Fernando, o a un Monarca castellano empuñando, como heredero y no como conquistador—subráyese siempre—, el cetro del Maestre de Avis". El secreto guardado por las arenas enrojadas de El Ksar el Kebir, donde desapareció don Sebastião a los veinticuatro años, dejando en manos de su tío el Cardenal don Henrique, un imperio ya muerto para la Casa de Avis, cedió el paso a esta segunda hipótesis, convirtiéndola en realidad. Fué en el Algarve d'alem mar, donde la sangre de los dos pueblos peninsulares tornó a mezclarse, derramada por una empresa de civilización y de cristiandad, abriendo en la Historia de Portugal el interregno filipino: ¡Una nueva forma de nuestra fraternidad histórica, una prueba más de qué salir victoriosos e incólumes para las grandes empresas todavía por realizar! La pluma cálida de Sardinha escribió cierto día: "Como Portugal, Castilla es el pelicano sangrando. Sangramos unos al lado de los otros, en el descubrimiento del Océano, y de una niebla de incertezas y terrores surgió América, en la abundancia magnífica de su magnífica adolescencia. Iba a caer en poder de los berberiscos el Mediterráneo—el mare nostrum de la tradición clásica, el verdadero lago de la cultura antigua—, y en la toma de Goleta, Portugal y Castilla detuvieron las amenazas del Creciente avanzando sobre la Europa

enflaquecida..." Era la misma pluma que al publicar la obra cumbre de su rápida carrera de pensador, mientras el Marqués de Estella y Sanjurjo, esforzados continuadores de la obra de don João I y de los Altos Infantes, testamentarios de Isabel la Católica, daban, por inspiración infalible de la Monarquía, el territorio del Imperio a España, dedicaba las páginas de "La Alianza Peninsular": "A la memoria de aquellos soldados españoles que, regando con su sangre anónima las peñas de Marruecos, supieron dar vida en un siglo sin esperanza a toda la grandeza histórica de la Península».

Antonio Sardinha moría, prematuramente, a poco de haber trazado estas conmovedoras palabras. De haber sobrevivido a su lograda obra, de haber llegado—todavía con el sol de la vida en el cénit—a la epopeya nuestra de 1936, su admiración habría ido a esa juventud nuestra, que se lanzó heroicamente a la lucha por su mismo triple ideal, pero, al mismo tiempo, a los esforzados "Viriatos", sus compatriotas, a los diez mil legionarios portugueses que, no viendo diferencia alguna entre las aguas del Salado y las del Ebro, o entre los riscos de las Navas de Tolosa y los de Teruel, derramaron su sangre, mezclada a la sangre española, por dar vida, también, «a toda la grandeza histórica de la Península»...

* * *

Hay un gran problema peninsular—lo trata de mano maestra Antonio Sardinha—, que es el de la Unión Ibérica, de factura masónica y revolucionaria, al que es preciso aludir, de vuelta ya de la República y de la guerra. Y es preciso hablar del asun-

to con datos de que Sardinha careció, porque la Monarquía—el hecho y la doctrina superviviente— queda al margen suyo y totalmente impoluta de sus salpicaduras. Unos artículos de Antonio Ferro, escritos en Madrid en Febrero del 30, con la sagacidad habitual en tan eminente periodista, su publicación en un volumen tres años más tarde, con el título de "Prefacio da República Hespanhola", y el recuerdo de cuándo y cómo Azaña y Prieto querían subvertir el orden portugués llevando al efecto armas a nuestra Embajada en Lisboa, y de lo intentado con ese mismo fin por el Gobierno de la República, en diversas ocasiones durante los años de la guerra, nos dan, ampliamente, la medida de lo que sólo las fuerzas demoleedoras de la Tradición, por su antihistoricismo integral, son capaces de intentar en contra de lo que la Historia consagró para mejor servir, como hemos visto, a los principios universalistas de la Cultura de Occidente.

En los albores del Gobierno Berenguer, llegó Ferro a Madrid, como queda expuesto, representando al "Diario da Noticias", de Lisboa. Y nada más llegar, descubrió un rastro sensacional, que se apresuró a seguir, despreciando la internacional liberal de la Península—permítaseme la frase—hasta lograr desenmascarar la—en juicio del propio "Diario da Noticias"—atrasada mentalidad izquierdista española en punto a las relaciones de España y Portugal. Tan sensacional reportaje tuvo en Portugal enorme resonancia e insignificante en Madrid, pues, aparte la campaña de "La Libertad", pretendiendo desvirtuar las frases atribuidas por Ferro a Marcelino Domingo, fué únicamente, mi modesta pluma la que

lo comentó en "La Nación", en un artículo titulado "El retornado del Iberismo", pocos días antes de la muerte del general Marqués de Estella. Decía yo entonces, y me cito a mí mismo en gracia a la claridad y a la rapidez de la explicación:

"Es Lerroux pretendiendo abolir la frontera sagrada; es Marcelino Domingo soñando un imperialismo geográfico que impusiera temor en Europa...; es Unamuno añorando el día en que ambas naciones se decidan a realizar algo superior a ellas mismas; es... hasta el estudiante Sbert maldiciendo en discurso público la memoria de Felipe II, porque no supo hacer más firme y más una la Monarquía dualista, y preconizando" la organización regional escolar que habrá de facilitar la desaparición de la frontera"...

La Masonería, aliada a la envidia que los éxitos profesionales de Antonio Ferro despertaba en muchos sub-escritores, no pudieron perdonarle esta nueva prueba de sagacidad periodística y de claro sentimiento patriótico. Y entonces se acusó al ilustre amigo de España, de inoportuno, de inhábil, de parcial, de falso republicano... portugués. ¿Por qué, siendo España una Monarquía, y estando tal vez plegada para siempre la funesta bandera liberal de la fusión ibérica, se había permitido Ferro preguntar—y preguntarlo solamente a los republicanos—cudles serían a la hora del triunfo sus sentimientos respecto de Portugal? Esto se vino a decir, agriamente, en Lisboa al ilustre colaborador de "Diario de Noticias"...

Pero la tempestad se calmó. Portugal hizo justicia a su gran periodista en un gran banquete de desagravio, pasaron los meses y se proclamó la República en España. A los dos años de ella, aparece tras

los cristales de las librerías del Chiado, el "Prefacio da República Hespanhola". He comprendido, viene a decir Antonio Ferro en el prólogo de las entrevistas que la integran, que esta obra "podía ser inoportuna hoy, pero oportuna mañana". ¡Excelente y nueva prueba de talento del periodista hispanófilo! Inoportuna su obra el año 1933, cuando gobernaban dictatorialmente todos aquellos hombres que él había conocido tres años antes viviendo una vida modestísima (1), y que aspiraban soberbiamente a la absorción de Portugal, iría a dejar de serlo un año más tarde, iría por el contrario, a ser oportunísima al descubrirse el contrabando de armas, los manejos de socialistas y de republicanos para hacer la revolución en Portugal, al quedar ahogada en un dramático ridículo la proclamación de la República federal ibérica, en el Palacio de la Generalidad de Cataluña!

La mano habilísima de Antonio Ferro nos legó en el "Prefacio da República Hespanhola", un documento histórico impagable. El libro interesó a los españoles, en general, porque demuestra sin dejar margen alguno para la duda, que era la Revolución española la que únicamente tenía acerca de Portugal designios imperialistas. Bien claro lo dijo el propio Ferro en el banquete de Lisboa: "Repeli el federalismo de los republicanos, como sabría repeler el imperialismo de los monárquicos si llegase a mi conocimiento". No; no llegará nunca. El imperialismo peninsular era cosa tan sólo de los nuevos ricos de la

(1) «Marcelino Domingo vive en una modesta pensión (la modestia forma parte de su propaganda)». Página 4 de la obra de Ferro.

política, de los que pasaban de la "modesta pensión de la plaza de Bilbao" a la gran casa de la calle del Príncipe de Vergara, o de la "cacharrería" del Ateneo al palacio presidencial de la Castellana. Nosotros, los monárquicos, teníamos ya hecho nuestro patrimonio espiritual y nuestro sueño ecuménico, ya realizado...

Invocador genial del viejo arte de la entrevista, Antonio Ferro nos dejó también en su reportaje político una serie de retratos en que, salvando la dignidad inatacable de un Conde de Guadalhorce o de un La Cierva, queda bien patente la fragilidad mental de casi todos los fotografiados. Unamuno, es, asimismo, excepción por el decoro con que se expresa en general, y por la certeza previsión de muchos de sus juicios, aunque también caiga en el lazo del "milagro" ibérico. Pero, en Unamuno, lo vió sagazmente Eugenio Montes, ya era vieja entonces la lucha del subjetivismo revolucionario de su alusión cultural, con la solera objetiva de su rancio españolismo. ¿Cómo encontrar la fórmula que logre, en lo político, en lo histórico, la sustitución de la fuerza desahuciada de una dinastía que se hunde, por los peligros de separatismo y de revuelta con que amenaza la República que ha de sustituirla? "La sociología me deja indiferente; lo que me preocupa es la fatalidad histórica", dice el sabio profesor. Para él, la Historia de España se quiebra con la muerte del Infante don Juan, el hijo de los Reyes Católicos. ¿Por qué, entonces, no pensó en reatarla, acudiendo al prestigio del nombre y del Infantazgo? Unamuno ponía su esperanza en la juventud, y se encoleriza al evocar las posibles soluciones de Lenine o de Mau-

rras. "Maurras es un pedante; no ha aportado nada nuevo", exclama traicionándose. Pero la juventud ilustrada iba estando ya más con Maurras que con Lenine, y si el ilustre autor de "Enquête sur la Monarchie", no ha aportado nada nuevo, al menos ha vuelto a leer la Historia con ojos de filósofo. ¿No lo hacía también el señor Unamuno, aunque no nos lo dijera siempre?

Indalecio Prieto es el único izquierdista para quien en aquel entonces era un "dogma" la independencia económica y política portuguesa: "Una cosa intangible y sagrada". Pero Prieto tenía su fórmula guardada cuidadosamente: la peninsularización de la ametralladora. También es curioso refrescar su juicio sobre la obra de Guadalhorce y sobre el acuerdo íntimo y perfecto en que la desarrollaba con Calvo Sotelo. Este acuerdo, esta armonía de los ministros de Hacienda y de Fomento, eran para Indalecio Prieto "una lección y un peligro que evitar en lo futuro". ¡El autor de los enlaces ferroviarios tenía demasiado frágil la memoria y se desprendía con demasiada facilidad del lastre de la experiencia!

Todo pasa por las páginas de Antonio Ferro: la hora anubarrada de la conferencia de Sánchez Guerra en la Zarzuela, el cómico perfil vanidoso de Sbert, las incoherencias del "extravagante ciudadano Valle Inclán", las divagaciones de Ortega y Gasset, a quien denomina "el profeta", porque todavía no se había mostrado como exégeta de la "obra" militar de Azaña... Este fué, realmente, el prefacio de la República española. Prescindo de cuanto estos señores opinaban de la dictadura de Primo de Rivera y de Su Majestad el Rey. ¿Para qué acumular injus-

ticias y lugares comunes? *Obra de un escritor portugués, lo más interesante era el comentario del tema que afecta a Portugal y de la manera que los republicanos españoles pensaban afrontar problemas de tan alta trascendencia histórica y moral.* "Ellos", escribieron el prefacio de la revuelta nacional. Portugal y España, el genio peninsular que la Subversión pretendió, en vano, destruir, se limitó a escribir el prefacio de la Edad Moderna del mundo...

* * *

Vamos llegando a la meta que nos hemos propuesto. El dualismo peninsular es un hecho legítimo y naturalísimo. Como su superior unidad, otro de consecuencias universales, algo que rima con ese dualismo, que, seguramente, encuentra en él el manantial inagotable y purísimo de que alimentarse a lo largo de la Historia. Antonio Sardinha y Ramiro de Maeztu lo evidencian en la magnífica exposición de sus respectivos y coincidentes pensamientos políticos. Por ello un imperativo histórico y un imperativo moral, obligan a la Península a buscar, sin descanso, la fórmula de cooperación que, en una Europa devastada por todos los subjetivismos revolucionarios, no puede ya consistir en aquella aspiración colaboradora servida por las alianzas matrimoniales de las Casas de Avis y de Trastámara, sino en una auténtica alianza política realizada bajo el signo indestructible y respetuoso del Amor y que nos valore en una Europa en ruinas y ante una América deseosa de desembocar francamente en la anchurosa tradición familiar.

Los herederos de la Revolución francesa se vienen oponiendo, sistemáticamente, a que esta alianza se

consagre. Bien, directamente, restando a los dos países la fuerza imprescindible para dictarla, bien siendo el instrumento torpe de habilidades extrañas, interesadas en nuestra flaqueza por necesidades lamentables de aquel equilibrio europeo surgido de Westfalia con el triunfo de los enemigos del Catolicismo auténtico. El egoísmo nacional, de ciertos pueblos, erró así su camino y apuntó contra ellos las propias armas con que amenazaba a los demás. Este fué el caso de Francia que, harta de exportar la subversión que la envenena desde hace siglos y que llega en ocasiones a oscurecer la clara luz de su inteligencia y el destello vivísimo de su patriotismo, se ve en la hora presente sacudida por los más violentos vendabales; este es también el de Alemania, cuyo soberbio deseo de hegemonía continental la obliga a aliarse—como antaño Francisco I con el Turco—, con la teratológica teoría de personajes del Kremlin y no otro, el de la propia Inglaterra, que jugó, durante la reciente guerra de España, a la carta rusa, con un desprecio absoluto de la bondad de nuestra causa y, consecuentemente, de una ley de moral de que siempre fuimos esclavos los Peninsulares.

Porque, como Maurras dice muy bien, "la Revolución, no es la Revolución en la calle, sino la manera de pensar revolucionariamente". De ella no se debe tomar ni el vocabulario, ni las maneras. No se debe tampoco jugar con ella, ni tratar de hacer experiencias de laboratorio con sus gérmenes, a manera del Komintern, utilizándoles como un arma, cuyo empleo todo contendiente honorable tiene que reprobar. Durante las últimas fiestas de la Coronación del Rey de Inglaterra, se lamentaba Jean Fayard, a un

buen reaccionario londinense, de la situación política de Francia. "Qué quiere usted—le respondió el hijo de Albión—, yo, personalmente, lamento el que ustedes padezcan un Gobierno socialista, pero como nuestro Gobierno conservador no tiene servidor más celoso, ¿cómo le vamos a reprochar sus opiniones locales?... El considerar localismos los postulados revolucionarios, ha perdido a muchos países. El no darse cuenta de su penetración, de su universalidad, precisamente por falta de una limpieza de conciencia que les impidiera rechazarlos con indignación vigorosa y de una claridad mental que les privara de evitar todo contacto con su corrosión, ha llevado a Europa a un trance gravísimo en que no tienen parte alguna las dos naciones peninsulares, ya que la que les pudiera corresponder por la actuación simétrica de sus respectivas etapas republicanas y antinacionales, ha sido, con exceso, posteriormente borrada por sus defensas contrarrevolucionarias. Y a este respecto, nada podría ilustrarnos tanto sobre el caso, ni enorgullecernos de nuestro propio proceder, como la conferencia pronunciada en Lisboa, en la primavera de 1937, por el último Agregado Militar portugués, en Madrid, señor Vasco de Carvalho. A ella pertenecen estos conceptos magníficos: "Excepción hecha de los bárbaros de Moscú, el mundo entero debería manifestar al pueblo español la gratitud a que tiene indudable derecho, por la sangre que tan pródigamente derrama en defensa de un tesoro espiritual, que no es específicamente español, porque pertenece a todos los pueblos nacidos y criados en el seno de la Iglesia. Ay! de Europa, ay! del mundo, si en la ya larga lucha en que la España nacionalista está

empeñada, no alcanza la victoria..." Y también: "Desgraciadamente, no todas las naciones que blasonan de estar a la cabeza del mundo civilizado, entienden su deber como lo entiende España. El imperio del egoísmo ofusca su razón. ¿Consistirá la civilización en poner encima de todo, antes que todo, el propio interés?"

El comandante Vasco de Carvalho, no hacía, en realidad, sino ser el portavoz de la opinión portuguesa que ya el 18 de Julio de 1936, habiase trazado su camino. Oficialmente, fué el 28 de Abril del 38 —¡un año antes de la llegada a nuestra meta triunfal!—, cuando el ilustre presidente del Gobierno portugués, señor Oliveira Salazar, se adhirió a nuestra causa proclamando su alta objetividad, con estas palabras pronunciadas en la Cámara:

"Me parece que seríamos reos de cobardía no afrontando de cara las situaciones creadas y no sacando de ellas las conclusiones que se imponen, reconociendo de derecho al Gobierno del Generalísimo Franco como Gobierno de España. Y lo que anuncio ahora lo realizaremos en breve. Siendo todavía remoto el término de la guerra, no hacemos con esto un negocio, ni nos apresuramos a adoptar una posición. Afirmamos, simplemente, frente a la reserva o a la incomprensión de muchos, los derechos de la verdad y de la justicia."

Aquella voz lejana y viril que, al comienzo de la guerra, sonando en la desembocadura del Tajo, traía a los españoles a través de las sombras inciertas de la noche, su consuelo y su promesa, tuvo como eco esa otra voz austera y solemne con que el presidente Salazar ponía término a toda una etapa de cordiali-

dades en sordina, de generosidades puerilmente disimuladas, de vibración espiritual a la que en vano se pretendía poner el freno de las conveniencias políticas. Del risueño pabellón del "Radio Club Portugués" al Palacio de San Benito, del monóculo del capitán Bothelo Monís a la cartera del profesor de Coimbra, pasando por cierta "Quinta de Bispo"—envuelta en frondas de frutales frente a la gracia pensativa y fuerte del Acueducto de la Amoreira—, donde el espíritu del mejor de los portugueses contemporáneos dejó trazadas las directrices de la "alianza peninsular", todo en Portugal ha sido favorable a la "causa española" desde la ruptura de hostilidades, todo Portugal vió en ella la propia causa portuguesa, o, para ser más justos, la causa única de la Península, que es causa del espíritu, que es recuerdo de tiempos pasados y acicate para afrontar los venideros, que es, como se dice ahora de nuevo, causa imperial...

Porque ¿qué es el "Imperio" en la mente juvenil de la España Restaurada? Es preciso aprisionar bien las palabras volanderas y encerrarlas en las jaulas resistentes y exactas de lo posible, de lo conveniente y de lo histórico. Precisamente, acababa, por aquel entonces, nuestro ministro de la Educación Nacional, de limitar con el trazo seguro de su indiscutida autoridad el contenido de este concepto que, como el vino añejo se sube fácilmente a las cabezas generosas. ¿Y qué nos ha dejado dicho Sáinz Rodríguez sobre el tema? Pues que el sentido imperial de la "Revolución Nacional Española", es el propio sentido genético de nuestra interpretación de la Historia y para nada alude a los medievales sueños de hegemonía de

Castilla y de León. El "Imperio" es para nosotros un "ideario", el mismo ideario católico, clásico y militar de la "Monarchia Hispánica" de que hablaba Campanella. "Imperio", es también para el docto pensador una tarea: la de salvar la concepción espiritual y religiosa de la Civilización. ¿Podrá dudar alguien, después de estas correcciones precisas, que este ideario y esta tarea y esta interpretación histórica, las compartimos con nuestra hermana Portugal, son cosas que pertenecen o que incumben a esa "superación" moral que es nuestra Península, expresión geográfica única que encierra un dualismo político impecable?

La armonía entre ambos pueblos no hace sino evidenciarse a medida que profundizamos en la cuestión. Nuestro nacionalismo—y el de los portugueses—, queda así libre de toda sospecha y de todo contagio de herejía. "Nacionalismo, hispanismo y universalismo—, ha sentenciado Antonio Sardinha—, en su mayor elevación católica, son sinónimos en la historia, en la historia del Portugal descubridor y evangelista". Pero—podrá argumentársenos—¿cómo explicar entonces el largo proceso de las decadencias española y portuguesa? Sardinha y Sáinz Rodríguez coinciden también en la explicación. No ha habido tal decadencia real, sino una decadencia aparente preparada con artificios revolucionarios, a los que ayudó nuestra absoluta lealtad a los Principios. Para el historiador de Elvas, fué el "Estado Liberal" el que se dió buena maña para abastardar y deprimir las directrices fundamentales del genio peninsular, "divorciándolas de su entraña y de su función", y para el catedrático de "Acción Española", fué esta

misma desviación doctrinal, ya denunciada por Saavedra Fajardo. ante la cual el genio político español "discrepó", anunciando a Europa el peligro de su aventura. "Divorcio", "discrepancia", del "finis terrae" continental. Y, finalmente, la Historia fallando sin reservas mentales a nuestro favor...

Son, pues, los derechos de la verdad y de la justicia históricas, esos derechos invocados por el doctor Oliveira Salazar ante los representantes del Estado portugués, los que podemos ostentar frente a una Europa que ya vuelve del error revolucionario, Portugal y España. Neutralizar el peligro recíproco que ambos pueblos pudieran representar en lo futuro el uno para el otro, subordinados y manejados por ambiciones y diplomacias ajenas, es lo que hay que hacer para no malbaratar, ni retrasar siquiera, el advenimiento de un porvenir que nos pertenece por entero. Porque ese peligro recíproco ha existido y puede, naturalmente, volver a existir. Fué, en tiempos, Albujarrola y Toro, la rota de don Sebastián, la ceguera del Conde-Duque de Olivares. Se llamó después Napoleón y más tarde Inglaterra, y, últimamente, república, masonería y comunismo. La Providencia lo desvanece siempre, como también derrota en todos los lances al demonio de la facilidad que, de cuando en cuando, nos sale al paso brindándonos fragantes y conmovedoras uniones indisolubles. Pero ayudémosla con nuestro esfuerzo y sobre todo en esta ocasión en que se han disipado tantas nieblas y en que, como uno de los más preciados frutos de nuestro sacrificio nacional se nos ofrece la comprensión y el amor mutuos entre ambos pueblos del viejo solar común. España y Portugal, nuestra Pe-

nínsula, no se dibujó al extremo occidental de Europa para quedar sometida a la rigidez de una sola fórmula política. Ni por las vías del amor, ya recordadas, ni por las de la fuerza que había de usar cerca de dos siglos más tarde el cuarto de los Felipes—el Felipe III portugués—, se pudo rectificar el dualismo nacional, que ya estaba simplificado en el terreno de los sentimientos por el patriotismo peninsular y por la emoción idéntica de la aventura ultramarina. Paralelismo, alianza, bodas reales, tiempos venturosos en que los Monarcas de la Casa de Avis, en buena relación de parentesco y de amistad con nuestros Príncipes, impulsaban los descubrimientos, luchaban en Africa, en el Mediterráneo y en el Jónico, llevaban a mundos nuevos la luz de la cultura y de la fe... Ese fué nuestro "Imperio", materializado hoy todavía, en dilatados territorios que si no hemos de acrecer hemos, al menos y esto con toda firmeza, de conservar.

"Los Imperios necesitan para fundarse el recuerdo de viejos días de gloria"—afirma un opúsculo titulado "El Imperio de España", editado por "Falange Española", antes de la unificación, es decir, antes de llamarse "Tradicionalista". ¿Y qué dice el anónimo y erudito autor de este trabajo acerca de lo que, forzosamente, había de ser el núcleo central de un estudio sobre nuestro imperialismo, sobre nuestra colaboración histórica con el Portugal guerrero y navegante de Las Navas y del Salado, de Goleta y de Túnez, de Sagres y del Brasil? Pues dice que solamente Portugal y España tienen derecho, entre los países de lengua latina, a que su nombre vaya unido al de América. Nuestro Imperio—dice asimismo—es

la unidad espiritual de doscientos millones de seres, unidad que únicamente depende del esfuerzo nuestro. "La Península—ya estamos hiriendo la médula del problema—, no puede privarse de ninguna de sus dos almas gemelas pares en la gloria y en la desgracia, para quienes la hora del Imperio suena a un tiempo".

Que los imperios necesiten cimentarse sobre épocas de gloria, es cosa cierta. Pero también lo es, que esto no baste para su conservación a través de los tiempos. Un fabricante de gloria era Napoleón, y su Imperio sacudió a Europa como un vendaval y sumió a Francia en la catástrofe. No es nuestro caso, felizmente. Nuestra herencia es algo más valiosa que la herencia del 89. Al romperse la unidad religiosa y moral del Continente, la Península desbordada por todas las rutas del Universo, torna a hacer posible esta unidad. "España y con ella Portugal—escribe Pemartín, en su reciente y magnífico estudio titulado: "Qué es "lo nuevo"—, son las únicas naciones que se mantuvieron fieles a la Sustancialidad Católica Europea, que supieron conservar no sólo para ellas, sino para todos los países que dominaron o civilizaron: Italia, Austria, Bélgica y los sudamericanos. Son las verdaderas herederas de Europa Católica". Y son esos doscientos millones de criaturas, puestos bajo nuestra tutela histórica, entre Río Grande y el Paso de Magallanes, los que hemos de seguir vigilando amorosamente. El investigador norteamericano Mr. Edward Gaylord Bourne, en su obra "Spain in America", afirma que para esos hombres, unidos a nosotros por el lazo del idioma y por el "orgullo nacional" de las hazañas pretéritas, hemos de

acabar constituyendo un motivo de "inspiración permanente". ¿Puede nación alguna sentirse más obligada a restaurar una conducta, ni a perseverar en unas normas?

Todo nos empuja a la alianza con Portugal, ya preconizada elocuentemente por Monís Barreto antes de servida por las fuertes mentalidades de un Antonio Sardinha y de un Ramiro de Maeztu. La restauración de Europa, reservada a una inteligencia de sus pueblos occidentales, ha de comenzar por esta "alianza peninsular", lazo de unión de las juveniles reservas americanas, con la solera cristiana del viejo Continente. Pero para ello, la Península, ha de acertar a mantener sus posiciones en Africa. De cómo se ocupa de ello la nación portuguesa es buena prueba el viaje que el doctor Oliveira Salazar organizó para llevar a Angora y Santo Tomé al Presidente general Carmona, a los miembros más caracterizados del Gobierno, y a representaciones ilustres del país, en una auténtica peregrinación imperial. De cómo España, pese a los años de República, ha conservado la herencia de la Monarquía, lo ha sido magnífica y definitiva, la proporcionada por la guerra actual. La Monarquía, régimen de la máxima responsabilidad, aún adulterada por formas liberales y democráticas, vió que Africa era la llave de la integridad nacional. Lo vió también Monís Barreto, cuando a finales de siglo acertó a escribir: "Sería lamentable que esa región marroquí, abierta a la acción de los dos pueblos cristianos por la espada de don Juan I y de los conquistadores de Ceuta, ilustrada por la valentía de los Adelantados de Africa, dorada por la fama robusta de don Alfonso V y por

la gloria naciente de don Juan II, consagrada por el apostolado de Raimundo Lulio, por el martirio del Infante Santo, por la sangre de don Sebastián, venga a caer como Túnez, arrancada por nosotros a los bárbaros, en las manos de aquellos que en el siglo XVI se aliaban a los enemigos de la cultura europea, en provecho de sus conveniencias políticas y de sus intereses comerciales en Levante”.

Para evitarlo, fuimos allá en 1909, contra viento y marea de la fiera antinacional, que ya gruñía en Cataluña. La empresa marroquí fué, injustamente, el desprestigio de don Alfonso XIII, a quien no se tuvo en cuenta el rotundo éxito de Alhucemas, ni la magnífica intuición histórica que coronaba. Con esa empresa, España empezó a hacer saber a Europa que en la “discrepancia” de que habló Sáinz Rodríguez, era ella quien tenía la razón. Las espadas de Primo de Rivera y Sanjurjo iban a darnos el territorio del Imperio, rompiendo, con su victoriosa campaña contra los Beni-Urriaguel, el encanto tricentenario de nuestros gloriosos reveses militares. Fué una verdadera inspiración política y castrense—de las que tiene únicamente, la Monarquía el secreto—, que nos iba a salvar diez años más tarde y que, entonces, decidió a nuestro favor la espinosa cuestión del Estrecho de Occidente, con que el Mogreb reproducía la que el Imperio Otomano había planteado en el Oriente de Europa.

Mantener el “statu quo”, heroicamente salvado ahora por el Caudillo—oficial de Africa, también—, es empresa que, en lo futuro, habrá que confiar a las alianzas europeas en que nuestra situación de vencedores fuertes nos tiene forzosamente que

complicar. Y en este punto, conviene citar de nuevo a Monís Barreto, profeta de la “alianza peninsular” y maestro de Antonio Sardinha: “La inteligencia con Portugal representa para España la seguridad de su frontera occidental y la adquisición de un extenso litoral como base de operaciones navales en el Atlántico y un incremento de fuerzas militares por la adición del contingente portugués. España puede encontrar alianzas más poderosas que la alianza portuguesa, pero ninguna menos cara, que la comprometa menos y que más se avenga con su propósito de neutralidad vigilante y decidida a hacer respetar sus derechos”. ¿Quién, por más suspicaz que fuese, podría oponer reparos a este programa, que en lo material no busca sino defender lo suyo, y en lo espiritual sino divulgar la verdad objetiva para bien de la humanidad entera?

No es de temer ya un triunfo europeo de la subversión doctrinal que nos coloque de nuevo en material condición inferior de discrepantes, que pretenda desviar otra vez las directrices fundamentales de nuestro genio. Para nosotros ha sonado en el reloj del mundo la hora del Imperio. Hemos rescatado el espíritu peninsular para esta “Supernación” nuestra, por la vuelta de los desarraigados a la tierra nativa, como volvió el personaje de Eça de Queiroz a sus serranías de Tras-os-Montes y por la sangre que vertimos en Marruecos, primero, y después en todo el territorio patrio. ¡Subido precio de rescate! Pero démoslo por bien pagado, pues la sangre de España, que es el Cristo de los Pueblos, es moneda segura de redención...

Doy fin a este trabajo, en la tierra alta de Castilla, al empezar el primer Año Litúrgico de nuestra Victoria. Tiempo de Adviento, frío y luminoso, frente a la sierra que supo contener a los bárbaros. Y, precisamente, me hace el honor de visitarme en este trance el también primer Embajador de Portugal, en la España restaurada, discípulo de Antonio Sardinha, amante de España, juventud de años y de inteligencia, alegría de pensamiento y de corazón: Pedro Theotonio Pereira... Después de oír misa juntos, en la capilla de esta casa, que muestra en el frontal del altar la herida de una Cruz de Cristo, hablamos de los amigos muertos o lejanos, de la Europa convulsa, de las ideas inmortales...

—“¿Qué capítulo prefieres de “La Alianza peninsular”?, me pregunta el ilustre hombre público portugués, traído por un azar venturoso al escenario de la diplomacia.”

—“Tal vez el último”, le contesto. “Mare nostrum” es la síntesis feliz de toda la obra, algo así como la cúpula de la Catedral, que es la obra entera... También es magnífico su estudio preliminar. Pero lo que encuentro más perfecto como pensamiento y como estilo, en ella, es la dedicatoria a nuestros soldados de Alhucemas...”

—¡Ah!—me interrumpe el Embajador—. Es bellísima: “A la memoria de...” Y me la repite sin omitir una sola palabra.

Demos las vueltas que queramos, los Peninsulares, si América es el fin de nuestra labor común, África es el instrumento con que siempre tropezamos, forzosamente. Un instrumento vivo para una tarea en la que hay que trabajar a diario, con un

cántico en los labios. África, teje y desteje nuestros destinos. Por África somos en la Península dos cuerpos y un alma. Los “Altos Infantes” abrieron, a filo de espada, la ruta del pensamiento isabelino. Y cuando en las arenas calientes de la llanura de Alcazarquivir se hundió el Quinto Imperio sebastiánico, para retoñar en la mente de Felipe, allí había de quedar flotando el hálito heroico, que, infundido a los soldados de Su Majestad Católica, iría, casi cuatrocientos años después, a devolver a la Península, en un siglo sin esperanzas, toda su grandeza histórica.

De África, finalmente, salen, del lado portugués, la generación de oficiales que, héroes de la Guinea, de Angora y de Mozambique, iban a servir la inspiración lusitanísima de don Carlos de Braganza, y del lado español, la generación paralela que, regando con su sangre las peñas de Marruecos, proporcionaría a la España, tutelada por don Alfonso XIII, el magno sentido de Imperio y de Catolicidad, que había de salvarla en 1939...

Fieles a esta consigna histórica, los generales Marqués de Estella, Marqués del Rif y Franco, son amigos entusiastas y lealísimos de Portugal. Obedientes a este dichoso fatalismo sentimental, nuestros oficiales deportados a Villa Cisneros por la República sin honor, reanudan la tradición marinera de los mejores años de nuestro pasado, y escapan a sus guardianes en una frágil embarcación, que les lleva por rumbos inciertos al puerto certísimo de Portugal. Así la fecha gloriosa del 10 de Agosto de 1932 se liga con la aspiración de “Alianza Peninsular”, y cuando el general Sanjurjo, liquidada su responsabilidad de

primer sublevado contra el régimen del 14 de Abril, marcha a establecerse en la desembocadura del Tajo, Portugal queda de nuevo enlazado a nuestros más íntimos destinos, incorporándose a la conjura que había de tener, el 20 de Julio de 1936, la patética consagración de la sangre del teniente general Marqués del Rif, junto al finis terrae portugués del Cabo Roca.

Integralismo Lusitano y Acción Española, Antonio Sardinha y Ramiro de Maeztu: sois, con los soldados contemporáneos, con nuestros capitanes Pequito Rebello y Botelho Monis y nuestros diez mil legionarios portugueses caídos en tierras de España, los sucesores de los navegantes y los soldados, de los pensadores y los poetas, que hicieron posible el peninsular milagro trascendente del Quinientos. "Fraternidad de flechas y de lanzas", llamó Eugenio Montes en Lisboa, a esta fraternidad de historia de las Españas. ¿Qué más la hubiéramos pedido, en 1936, de lo que nos dió?... El comandante Vasco de Carvalho, sin embargo, en su conferencia repetidamente aludida, explicó cómo Portugal hubiera podido hacer más, todavía, por España: el envío a la frontera de Badajoz de una División, que hubiera permitido a las tropas de Franco subir por Despeñaperros hacia la Mancha, acortando el camino de Toledo y Madrid, ¿No hubiesen existido para esta colaboración activa y castrense—vino a preguntarse—, tantas o más fuertes razones que en Navas de Tolosa y en el Salado?... Y si esto es cierto, no lo es menos, el hecho de que el dualismo renovado en 1640, nos proporcionó en los caminos de la guerra, un flanco izquierdo exento de peligros y más tarde una retaguardia segura. ¿Qué, en la hipótesis unitaria y republicana, no hubiera

significado de adversidad—tal vez invencible—, el hecho de unas grandes ciudades profundamente izquierdistas como Lisboa y Porto y de un proletariado agrícola fanáticamente bolchevizado en el Algarve, el Alentejo y la Extremadura?...

Demos gracias al Dios de las Historias. Y recémosle para que se cumplan los altos designios de un Ramiro de Maeztu y de un Antonio Sardinha, designios que pusieron filialmente bajo Su protección y que lejos de bajar a la tumba con sus cuerpos mortales, andan hoy los caminos de la Península, llenando el aire de júbilo de fiesta.

Castilnovo, 4 de Diciembre de 1939. Año de la Victoria.